



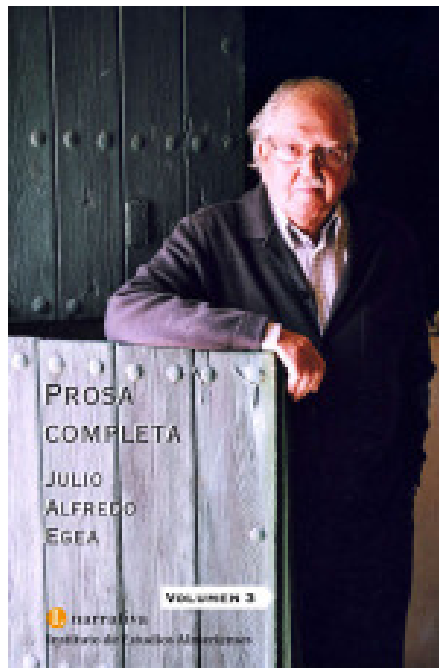
La obra en prosa de Julio Alfredo Egea (Volumen III de su *Obra Completa*)



JOSÉ
ANTONIO
SÁEZ

El Instituto de Estudios Almerienses, organismo dependiente de la Excma. Diputación Provincial de Almería, ha sacado a la luz pública el volumen III de las obras completas del escritor Julio Alfredo Egea (Chirivel, 1926), el cual lleva por título *Prosa Completa*. El mencionado volumen, que ronda las 700 páginas, comprende los libros *La Rambla* (1989), *El sueño y los caminos* (1992), *Alrededores de la sabina* (1997), *Puesto de Alba y quince historias de caza* (1996), *Sastre de fantasmas y otros relatos* (2005); así como los opúsculos *Resplandores* (2002), *Plazas para el recuerdo* (1984), *El mundo mágico de Pedro Gilabert* (1986), *Sueño de arena* (1999) y *Otros relatos*, apartado, este último, donde se recoge una muestra de los textos en prosa dispersos por volúmenes colectivos, periódicos y revistas, y que comprende los trabajos: «Primeros homenajes a Federico García Lorca», «Noticia de un hallazgo» (sobre la escultura de Dionisos hallada en El Villar, Chirivel, en 1985) «Juegos de niños», «Poesía y Derecho», «Tríptico de ausencias» (integrado a su vez por tres artículos: «Juan de Dios. Historia espiritual de Granada», «La hermosa compañía de Arturo Medina» y «La ausencia limitada de Paco Izquierdo», en homenaje a tres de sus grandes amigos desaparecidos, dos de ellos citados en título y el primero en referencia al novelista granadino José Asenjo Sedano), «Todos los temas eternos en *Elegía Cantada*» (texto escrito para la presentación de la obra del poeta Domingo Nicolás de idéntico título), «Carlos Pérez Siquier sale de cacería», «Fiesta mayor por Rafael Guillén» (relacionado con la concesión del Premio Nacional de Poesía a su gran amigo en 1994) y, finalmente, dos pregones de la XVI feria del libro de Almería y un fragmento sobre el pregón de la feria de la misma ciudad de 1973.

El volumen recoge así una muestra más que significativa de la obra en prosa de Julio Alfredo Egea, quien confiesa, en la breve introducción al este tercer tomo de sus obras completas, que considera estos textos como «un continuar –en mayor o menor medida– de mi quehacer poético, porque siempre que comencé a escribir intencionadamente prosa, relatos imaginativos o trabajos plenamente fieles al acontecer o existir de realidades vividas, de forma inevitable, un soplo lírico llegaría hasta el papel con palpitos del alma» (*Introducción*, p. 15). El autor señala dos grandes temas como definitorios de su labor creadora en este género: el Humanismo y la Naturaleza, y revela la opinión compartida por José Ángel Valente, Antonio Sánchez Trigueros y Francisco Jiménez sobre la originalidad que supone mezclar el verso y la prosa en libros como *Los regresos*, *Arqueología del trino* y *Los asombros*.



La Rambla (1989) constituye una especie de autobiografía de anécdotas literarias y personales contadas con innegable elegancia, humor y ternura, la cual se inicia en la propia infancia del poeta, el descubrimiento del amor, la naturaleza, el cinematógrafo y Charles Chaplin, el advenimiento de la guerra civil y la crueldad humana... Obra amenísima, gozó de varias ediciones en distintas editoriales de Granada y Almería, a la que el autor consideraba dentro del género de las memorias.

Alrededores de la sabina (1997) es un libro de homenaje a la naturaleza, y más en concreto un canto a la belleza natural de la comarca de Los Vélez, en el norte de la provincia de Almería, a la cual pertenece también el pueblo natal del poeta: Chirivel. El árbol milenario: la sabina, símbolo de eternidad y afianzamiento en la vida, se convierte en el pretexto idóneo para que el poeta derrame el caudal de sus emociones sobre un tema tan íntimo y querido para él. Comparte así con sus lectores, en entrega altruista y generosa, algo de lo más preciado para el escritor, lo cual ha determinado gran parte de su vida: sus paisajes amados, pues no en vano somos aquello a que se abrieron nuestros ojos de niño.

Puesto de alba y quince historias de caza (1996) es obra dedicada a una de sus mayores aficiones: la caza. El buen cazador es, en opinión de Julio Alfredo Egea, el mejor ecologista y el mayor amante de la naturaleza, su defensor más auténtico y decidido. Las experiencias aquí expresadas constituyen vivencias profundas por parte del hombre y del escritor que nos conduce, a través del depurado estilo que le caracteriza, por los senderos del deporte cine-

gético y, sobre todo, por la vivencia casi espiritual, profundamente humana que desde la naturaleza edificó, ya en la niñez, la futura personalidad del escritor. Fue obra elogiada por escritores de la talla de Miguel Delibes.

El sueño y los caminos (1992) y *Sastre de fantasmas y otros relatos* (2005) son dos libros netamente narrativos en cuanto en ellos el escritor no recurre a aspectos biográficos en su configuración o en su temática. Pertenecen, pues, a la ficción más pura y en ellos se consigue ese distanciamiento necesario para adentrarse en la perspectiva de la imaginación y lo narrativo. Son ambos, libros de relatos o de cuentos, si así se prefiere; los más escritos de forma esporádica a lo largo de toda una vida, algunos premiados en certámenes nacionales dedicados al cultivo de este género. Variedad y diversidad temática, sí, pero siempre en la unidad de estilo personalísima de Julio Alfredo Egea. Historias rebosantes de ternura, de fino humor, con los temas recurrentes de fondo y el aliento cálido de lo poético; sobre todas ellas la ternura, el humor y la fina sátira, la fe y el desamparo humanos.

Entre los trabajos recogidos con posterioridad a los libros, en esta *Prosa Completa* encontramos opúsculos como *Plazas para el recuerdo* (1983), sobre las vivencias personales del escritor en las plazas y calles del barrio granadino del Albaicín. Fue encargo del escritor Francisco Izquierdo y se publicó en la colección por él dirigida «Los Papeles del Carro de San Pedro», serie de monográficos sobre el mencionado barrio. Del mismo modo, podría citar su opúsculo sobre el escultor almeriense Pedro Gilabert, natural de Arboleas; o su *Sueño de arena*, incluido en el libro *Las ciudades perdidas de Mauritania. Expedición a la cuna de los almorávides*, en el que figuran como editores Mauricio Pastor Muñoz y Manuel Villar Raso. En dicha expedición, organizada por «El Legado Andalusi», tomó parte el escritor Julio Alfredo Egea y las peripecias de su viaje, especialmente a través de Marruecos y la frontera entre Argelia y Mauritania (con visita a los campamentos del Frente Polisario) son narradas con viveza y altos vuelos poéticos.

Este volumen III de las obras completas de Julio Alfredo Egea que contiene su narrativa constituye, a mi juicio, todo un deleite para sus lectores que verán en él un complemento de su obra en verso pero también algo más: una prolongación del escritor que nos revela aspectos nuevos de su personalidad y su talento. Deleite también para la sensibilidad y la inteligencia. Libro que nos devuelve el placer por la lectura y nos reconcilia con nuestros semejantes. Sin duda, una obra y un escritor necesarios.

Romances del Crepúsculo, de Enrique Morón



FCO. GIL
CRAVIOTTO

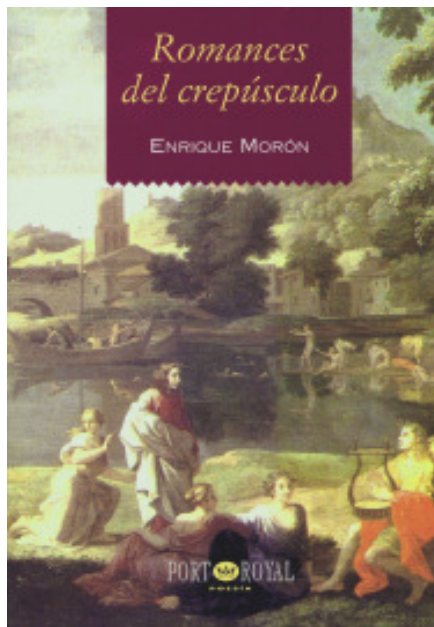
Enrique Morón (Cádir, Alpujarra granadina, 1942) es, además de un inspirado poeta y un reputado autor dramático, un hombre extraordinariamente trabajador: tan sólo hace unos pocos meses que presentó en la Casa de los Tiros de Granada su último drama, *La Buardilla*, y ya nos ha ofrecido una nueva obra: *Romances del crepúsculo*, recientemente publicada, en una edición pulcra y muy cuidada, por la editorial Port Royal de Granada.

Da unidad a este libro la métrica –todo él escrito en romances–, pero, debido a que la temática es muy variada, nuestro poeta lo ha dividido en tres grandes apartados: «Retratos de Mujer», «Romancero urbano» y «De la vida rural». A todos ellos precede un pequeño prólogo –en romance también y de poco más de dos páginas– «en el que el autor, –siguiendo las pautas de los viejos poemarios–, tras hacer una defensa del Romancero, pide benevolencia y comprensión para su obra».

Creo que merece la pena detenerse en este brevísimo prólogo. La razón principal es que nos va a dar mucha luz sobre las características que vamos a encontrar en el libro. Así el poeta, después de expresar la fascinación que siempre ha sentido por estos cantares tan nuestros y evocar a algunos de sus más eximios cultivadores, –Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo, el Duque de Rivas, Machado y Lorca–, y luego decirnos «que es el metro más español, avalado por el tiempo», pasa a darnos cuenta del contenido y alcance de sus romances, que el lector va a encontrar en cuanto pase página. Lo dice así:

*Yo, como humilde hacedor
de estos elocuentes versos,
cuya juventud cantó
la tierra de sus ancestros,
me atrevo a escribir ahora,
cuando la edad es apremio,
nuevos romances, si antiguos,
con un toque más moderno,
pues que todo se transforma
sin dejar de ser idéntico.
Pido perdón y licencia
y excusa por mis defectos.*

En ese «toque más moderno», que nos anuncia el poeta, hemos de aceptar el empleo de ciertos neologismos –sobre todo anglicismos– que en los últimos tiempos se han ido colando en la lengua española. Yo he anotado: «top model», «glamour», «look», «rock», «rock and roll», «spanglish», «hippies», etc. Sería una visión extraordinariamente miope tildarlos de simples barbarismos sin más explicación. Más acorde con la realidad me parece pensar que, con estas palabras innovadoras, el poeta quiere demostrarnos que vive en su época y que nada de cuanto ocurre en su entorno le es ajeno. Esto aún se hace más perceptible cuando se ve que el empleo de estos anglicismos va unido al retrato de ciertos personajes muy vinculados a la realidad que vivimos, personajes que encarnan perfectamente todas las contradicciones y desencantos de este siglo. Pero, al mismo tiempo que el poeta bucea en todos los



aspectos de la época que le ha tocado vivir y sufrir, también recuerda muy bien el papel que, a través de los siglos, ha tenido el romance en la cultura española. Él se siente su continuador y, fiel a esta tradición, al igual que antaño hicieran los juglares y trovadores, Enrique Morón nos trae sucesos –crímenes, secuestros, lances de amor, emigraciones, etc. –, y nos narra vidas de hombres y mujeres que por algún motivo merece la pena recordar. Sus principales fuentes de información son la prensa diaria y el mentidero de la oralidad que todavía pervive en algunos pueblos y aldeas de España.

Hora es de entrar en el contenido de libro. Como ya queda dicho el poemario se divide en tres partes. La primera, titulada «Retratos de mujer», nos ofrece el retrato de siete mujeres muy vinculadas a nuestra época. Las siete, hijas de la calle y el pueblo, son bravas hembras «en el sentido más animal y sexual de la palabra–, que viven intensamente su día y su hora. Me parece que no sería exagerado considerarlas literariamente herederas de las mujeres de García Lorca. Es muy difícil en romance escapar a la influencia lorquiana y, aunque en todos estos poemas se hace evidente el deseo de evadir tal vínculo, también se percibe en ellos, aunque sea muy lejana, la sombra de Federico, que el sonneto del verso octosílabo hace inevitable:

*Es alta como un ciprés
y sus muslos son de avena;
sus brazos, aspas al viento,
que acarician o que afrentan,
porque mujeres así
no conocen la modestia.*

Tampoco falta, aquí y allá, el toque social. Valga de ejemplo el romance titulado «Primera Comunión». El poeta se erige en notario de su época, pero es un notario que, además de describir lo que ve, a veces también lo denuncia. Tropos, símiles y metáforas salpican de belleza estos retratos.

La segunda parte del libro, presentada con el subtítulo de «Romancero urbano», está

integrada por once romances. Todos ellos tienen por escenario algún punto de alguna ciudad, con una clara insistencia en Granada. En ellos se hace evidente una idea que el poeta ya ha desarrollado en libros anteriores: la soledad del ser humano en medio de la muchedumbre de la ciudad. Esta soledad aún se hace más persistente y sombría cuando a ella se une la irremediable vejez.

*Dos ancianos se levantan,
sus manos van oprimidas.
Dos silencios sublimados
por las aceras camina.*

Justo es reconocer que, en esta visión desoladamente triste de la urbe, el poeta ha dejado un rayo de esperanza prendido en la juventud. Así se desprende del poema titulado «Desenlace». En él, ante la visión de un hombre herido tendido en la acera, dos mujeres discuten: son madre e hija; pero, mientras la madre quiere seguir adelante, la hija insiste en ayudarlo.

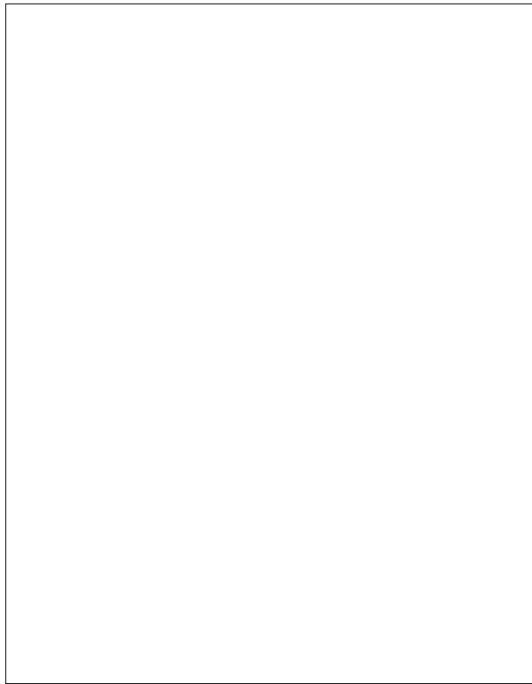
— Madre, ¿no has visto a ese hombre?
— Hija, tú sigue adelante.
— Nos puede necesitar.
— No podemos ayudarlo.

La tercera parte del libro, presentada bajo el título «De la vida rural», la integran ocho romances. El primero de ellos entra dentro de lo que podríamos llamar romance de bandoleros. Sólo que aquí, en lugar de bandoleros, se trata de una partida de guerrilleros republicanos que luchan contra las milicias de Franco. Me ha llamado poderosamente la atención esta impresionante estampa de la Contraviesa:

*Sierra de la Contraviesa
que mira al mar y al misterio.
Bancales donde la vid
enciende sus brazos ebrios
y suspiran las alhozgas
bajo la flor del almendro.*

Los otros siete romances tocan temas muy relacionados con la vida de los pueblos: la señorita que, tras los visillos de la reja, sueña con el amor que se fue y no volverá; la fuga que sueña un joven con la moza que ama; las dos hermanas solteronas que van al rosario; el campesino que, a pesar de los años, sigue fiel al terruño; el hombre que se marchó del pueblo y, cuando al fin regresa, nadie lo conoce...

Un halo de desencanto y tristeza –el paso del tiempo, los amores que se fueron para no volver, la existencia sosa y vacía, la soledad, el olvido, etc.–, llena todo el libro y salpica al lector. Si, al llegar a la última página, tuviésemos que indicar una moraleja, podría ser ésta: ni en el espacio urbano ni en el rural existe la felicidad. El hombre está condenado a la infelicidad. Sobre este mundo de seres que sufren o vegetan, la compasiva mirada del vate, en su hora más crepuscular, se llena de melancolías y nostalgias...



EL ESCRITOR ANTONIO PROMETEO MOYA Y LA PORTADA DE SU ÚLTIMA NOVELA

Los muertos, como los vivos



ANTONIO ENRIQUE

El tema de la Guerra Civil puede calificarse de género autónomo, debido principalmente a la profusión de novelas, así como a la variedad de planteamientos. Tal género es imposible de adscribir a la «novela histórica», ya que, en lo histórico, participa más de la crónica, que maneja documentos inmediatos, y en lo literario, de la inmensa plétera de recursos propios de la novela actual. Esto sin embargo, cabría hacer un distinción por lo que respecta a los autores, que no puede ser otro que la distinción entre aquellos que vivieron la guerra en carne propia, así como la eterna posguerra consecuencia de aquélla, y aquellos otros a quienes el conflicto no afectó en lo personal, quedándose así la puerta abierta para otras disquisiciones. Antonio-Prometeo Moya (Montiel, 1949) pertenece a éstos últimos, cronológicamente. Su silencio de veinte años, desde *Asesinos en la ciudad ideal* (1986) hasta *Misterios de Barcelona* (2006), le singulariza. Denota, por lo pronto, que no está en la carrera de méritos. Que es capaz de un silencio que a cualquier otro hubiera derrotado. Y que es un escritor de verdad, únicamente comprometido con su obra.

Pero no solamente esto le singulariza. *Escenas de guerra y miedo* (Berenice, 2011) es, en verdad, una novela singular, la de planteamiento más singular de entre todas las novelas guerracivilistas que conozco, unas doscientas (incluidas las episódicas monográficas o locales, según pude clasificar cuando me documenté sobre la mía propia acerca del tema, *Santuario del odio*). El autor navega no ya por aguas no transitadas por la navegación literaria tradicional, o cuanto menos usual, sobre tal conflicto, sino que deriva por una ruta insólita: el ultramundo, en coexistencia de la realidad tangible.

De principio, *Escenas de guerra y miedo* nos plantea el caso de unos soldados errantes, a su paso por las tierras de la Mancha, desde

Sierra Morena a Madrid, en los últimos compases de la Contienda. Es, por ello mismo, una novela itinerante, y como tal, cervantina. Cervantes viene a cuento no ya por esto último, y la analogía con los territorios recorridos, sino porque, a medida que la narración avanza, con el perecimiento de los más del grupo, la acción se focaliza en los dos supervivientes de una serie de extraños percances, un miliciano y un militar nacional, a saber: Fernando Valverde y Pedro Ramón Alcántara, quien lo lleva detenido. Constituyen una España y otra. Pero como en Cervantes, uno y otro van intercambiando vivencias e ideas, con el resultado de la simbiosis inevitable entre uno y otro, a semejanza de los arquetipos don Quijote y Sancho. Al fin, no era tanto lo que les separaba. El mensaje cervantino en esta novela va por debajo, esto es en su estructura invisible: consiste en que el odio viene a ser una enfermedad que se cura con el sufrimiento, común a todos los mortales de un bando y de otro. Tras la truculencia del homicidio colectivo, volvemos a la posición inicial, como tras un holocausto purificador. Y es así como a ambos aguarda una misma muerte, que ésta sí es el misterio de la vida: alcanzada la meta de ambos, y cuando a ambos, reconciliados uno con otro, aguardaba la salvación, les llega la muerte absurda. He aquí la paradoja, convertida en fábula. La vida les separó, pero no tanto para que la muerte no les una. Lo que la vida separa, la muerte lo une.

Pero, mientras tanto, la novela es el trayecto. Tras la brutal batalla de Peñarroya, y tras las penurias de Despeñaperros, les esperaba el castillo de Montiel, luego una ermita embrujada, después un cortijo donde los muertos eran zombis. Los integrantes de la caravana van desapareciendo misteriosamente, como los diez negritos de la mansión en la homónima novela de intriga. Tras

ello, un pozo adensado de cadáveres, y más tarde una torre maldita, con cimientos inacabables. Un pueblo fantasma les sucede en el camino, como también un bosque, infestado de hematidrosis en sus lápidas. Más una sima atravesada por puentes colgantes. En todos estos hitos del camino, suceden las escenas de miedo: licantropía, brujería, vampirismo: el Demonio suelto por el mundo, pues toda guerra implica desencadenarlo desde los abismos. Por último, una esfinge, un bufón, dos ancianos jugando al ajedrez, como en la escena de Bergman.

Es aspecto éste oblicuo, el de la mediumidad. Pero cuando existe la muerte masiva, es razonable reconocer que saltan, y asaltan, los fenómenos paranormales, como si el bajo astral invadiese el plano de la realidad inmediata, o bien algunas personas tuviesen la potestad de viajar al inframundo. Y es aquí donde la pupila del autor se ha dilatado: en el escudriñamiento de «casos que mejor olvidar», que se contaban por los pueblos. Los precedentes de esta mirada no son un misterio; están en la literatura gótica del XIX, así como en la galería de espectros a la que tan aficionados fueron en el XVIII. Conforman una inagotable sucesión de autores, más o menos regocijados con su temática. La aportación de Prometeo Moya está en haberlo hecho sin frivolidad, sin perder el temple, dosificando la intriga, recorriendo implacablemente el itinerario espiritual previsto. No cabe duda de que, donde se adensa la muerte, suceden presencias inexplicables. La virulencia del conflicto eclipsó cualquier otra visión que no fuese la de la sangre, solapó otras circunstancias que no las bélicas de la crónica por todos sabida. La maestría aquí, aparte de un lenguaje perfectamente adaptado al contexto paranormal, sigue siendo subterránea, velada, elíptica. Los muertos, como los vivos, se alimentan de sangre.



Chaves Nogales y sus relatos de *A sangre y fuego*



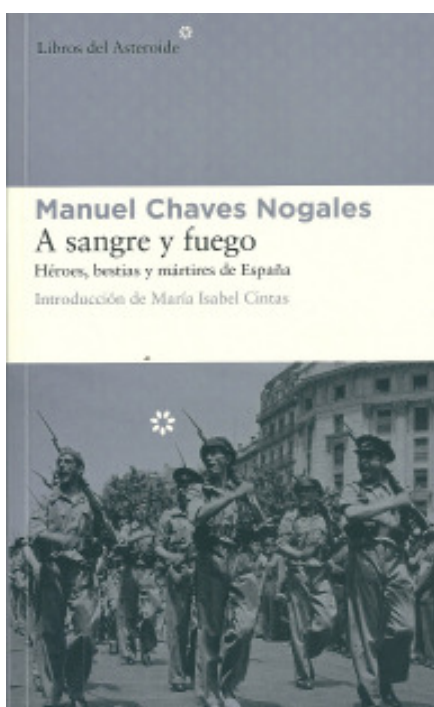
ALBERTO GRANADOS

En el prólogo de su libro de relatos de 1937, *A sangre y fuego. Héroes, bestias y mártires de España* (Libros del Asteroide, Barcelona, 2011), el periodista sevillano Manuel Chaves Nogales, al comentar el desgarrador de la guerra civil, afirma desde su exilio francés: «Es vano el intento de señalar los focos de contagio de la vieja fiebre cainita en este o aquel sector social, en esta o aquella zona de la vida española. Ni blancos ni rojos tienen nada que reprocharse. Idiotas y asesinos se han producido y actuado con idéntica profusión e intensidad en los dos bandos que se partieron España».

Desde ese punto de partida, el autor, que sabe que su postura ética se interpretará como desafección por ambos bandos, asume el riesgo de ser *fusilable* para unos y otros y se exilia, primero a los alrededores de París y, más tarde, a Londres, donde muere en 1944, sólo unos días antes de que el régimen de Franco lo depure por masón. Dice en el prólogo: «En mi deserción pesaba tanto la sangre derramada por las cuadrillas de asesinos que ejercían el terror rojo en Madrid como la que vertían los aviones de Franco, asesinando mujeres y niños inocentes. Y tanto o más miedo tenía a la barbarie de los moros, los bandidos del Tercio y los asesinos de la Falange, que a la de los analfabetos anarquistas o comunistas».

Inexplicablemente, su obra periodística y narrativa pasa desapercibida durante décadas y es sólo ahora cuando su figura emerge, y se hace protagonista de ediciones, estudios y biografías. En este campo, destaca María Isabel Cintas, quien, precisamente, se ha encargado de preparar la aquí reseñada.

El autor explica así el origen de estos relatos: «Cuento lo que he visto y lo que he vivi-



do más fielmente de lo que yo quisiera. A veces los personajes que intento manejar a mi albedrío, a fuerza de estar vivos, se alzan contra mí y, arrojando la máscara literaria que yo intento colocarles, se me van de entre las manos, diciendo y haciendo lo que yo, por pudor, no quería que hiciesen ni dijese».

Se trata de una narrativa triste, resignada, llena de heridas interiores y destinada a mostrar todas las formas posibles de esa bajada a los infiernos que permite al ser humano matar, abusar, amenazar, sentir la estéril ferocidad del ren-

cor, de la miseria moral, en una situación en que la crueldad parece estar justificada por la irracionalidad de una guerra.

En el primer relato, *¡Massacre, massacre!*, un bombardeo nacional sobre Madrid causa muchos muertos y esa dolorosa circunstancia azuza a un grupo de milicianos que se autodenomina «Escuadrilla de la Venganza» a preparar una despiadada revancha:

«Por cada víctima de los aviones, cinco fusilamientos, diez si es preciso. En Madrid hay fascistas de sobra para que podamos cobrar en carne» —dice uno de los milicianos, ante el horror de Valero, un joven intelectual comunista, que sin aprobar los métodos de la Escuadrilla, tampoco desea señalarse haciendo patente su repulsión por la violencia innecesaria, no vaya ésta a ser considerada como desafección.

En *La gesta de los caballistas*, la Andalucía feudal nos muestra a un marqués cacique que usa a sus leales como una auténtica mesnada medieval para limpiar la sierra de *rojos*. Tras oír misa y comulgar, todos se aprestan, junto a una tropilla de falangistas y una cabila de moros que están en camino, a represaliar los contornos. Pronto se verá una auténtica *razzia* de la que apenas quedarán supervivientes y en la que nadie queda libre de ser acusado de comunista, ni siquiera el hijo del cacique, que conoce demasiado bien al Maestrillo, el jefe de la guerrilla republicana.

Y a lo lejos, una lucecita, el tercero de los nueve relatos, también transcurre en un Madrid, donde nadie duerme por los disparos y cañonazos del frente. Unas señales hechas con una linterna marcan la pista de toda una red de espías que descubren al enemigo los movimientos de las tropas republicanas.

Nadie parece estar a salvo de la traición, del espionaje para los facciosos, del deshonor y la vileza.

Resulta terrible el diálogo de dos de los personajes del *La columna de Hierro*, un grupo de la retaguardia republicana, formado por desertores e incontrolados que, en una huida hacia adelante, se convierten en la personificación de la crueldad arbitraria, la rapiña y el deshonor. Chaves Nogales, valiente en la denuncia de ambos bandos, habría de pagar con el olvido semejante atrevimiento.

El quinto relato, *El tesoro de Briesca*, nos muestra a un artista, comisionado por la República para poner a salvo las riquezas artísticas en la zona. Se enfrenta con la incuria y la honradez de los republicanos. En su trabajo comprende la inmensa contradicción de una guerra a la que se han lanzado miles de leales a la República sin ninguna preparación, sin ninguna posibilidad estratégica de mantener el frente. Ve dos lenguajes, dos sistemas éticos, dos formas de vida antagónicas: la pasión republicana, que sólo conlleva entusiasmo y espantadas, y la frialdad militar del ejército profesional rebelde, que va a cazar como conejos a las desbandadas de milicianos. En medio, la nada, unos vestigios de la civilización, un legado artístico que conviene poner a salvo y que representa los valores de un sistema social que ha dado lugar a la situación que él está viviendo.

El sexto relato, *Los guerreros marroquíes*, nos habla de los engaños con que «los moros» son traídos a luchar a España, con su fanática crueldad, pero con un resto de gallardía. Un gran relato, dramático como pocos, es *¡Viva la muerte!*. En él se nos muestra la cobardía y la falsedad con que un alto cargo del Movimiento, con la chaqueta blanca cuajada de medallas, reinventa unos hechos de guerra a los que reviste de épica, antes de afirmar:

«—El hecho en sí poco importa. A la historia lo que le interesa es su sentido, la significación histórica que pueda tener, y esa no se la dan nunca los mismos protagonistas, sino los que inmediatamente después de ellos nos afanamos por interpretarlo».

Es decir, el lenguaje oficial puede convertir en gesta lo que en realidad se trata de una masacre en que se ha pasado por las armas a todo un pueblo para dar un castigo ejemplar.

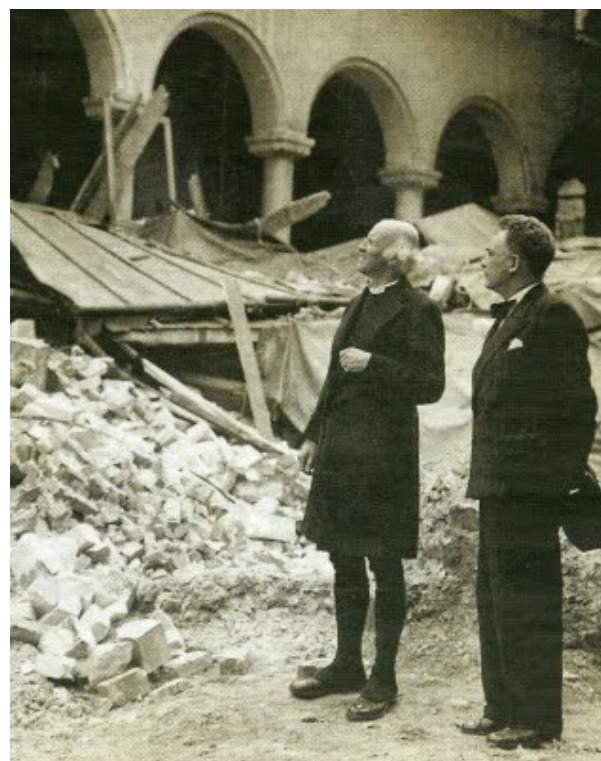
Bigornia, el penúltimo relato, se ocupa del personaje de tal nombre, un gigantón valiente, generoso y desprendido que empieza por participar en el asalto al cuartel de la Montaña y sigue llevando a cabo temerarias heroicidades sin darles la menor importancia.

El libro termina con *Consejo obrero*, relato en el que dos obreros sospechosos de fascistas se hacen anarquistas para evitar las más que seguras represalias. El recorrido de ambos, dispar como ellos mismos, convierte a uno en villano y al otro en héroe. En las circunstancias reflejadas en el libro, luchar por la libertad es una expresión dramáticamente ambigua y peligrosa.

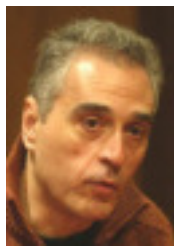
Nueve relatos en que aparecen las muecas más terribles de la guerra: cobardía, heroísmo, crueldad, miedo, traición, deslealtad, olvido, delación, rapiña, locura colectiva... Chaves Nogales, que abandonó España asqueado por los dos bandos, lo resume magistralmente en esta frase de su inolvidable prólogo: «... yo he querido permitirme el lujo de no tener ninguna solidaridad con los asesinos. Para un español quizá sea éste un lujo excesivo».



EL PERIODISTA Y ESCRITOR ANDALUZ MANUEL CHAVES NOGALES (SEVILLA, 1897-LONDRES 1944), TESTIGO DE EXCEPCIÓN Y CRONISTA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA, CUYA OBRA HA SIDO ESTUDIADA, RECUPERADA Y PUESTA EN VALOR, TRAS MÁS DE MEDIO SIGLO DE SILENCIO, POR LA INVESTIGADORA MARÍA ISABEL CINTAS GUILLÉN. ABAJO: IMÁGENES DEL PERIODISTA EN PLENA LABOR DE CAMPO, Y CONTEMPLANDO, JUNTO A UN CLÉRIGO, LOS EFECTOS DE LOS BOMBARDEOS...



Zombi

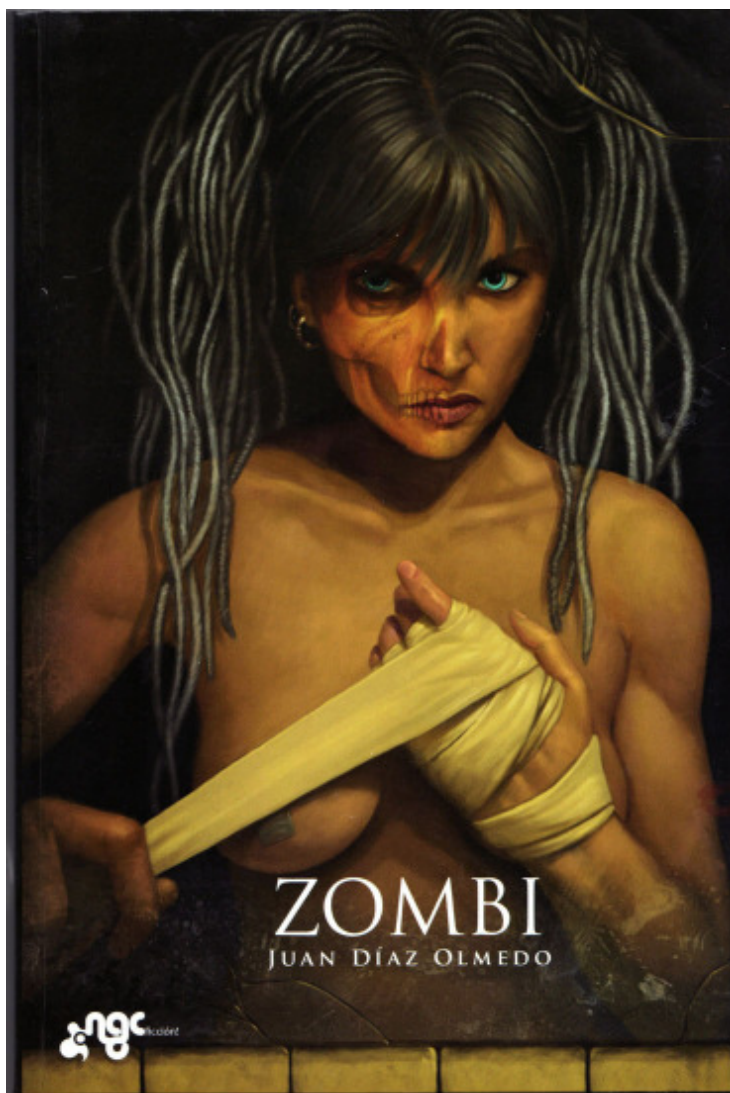


JOSÉ VICENTE PASCUAL

No son muertos vivientes, sino vivos moribundos (iba a escribir «vivos murientes», pero no me deja el corrector ortográfico de Word, maldición). Entonces lo dicho, *Zombi* es una novela negra que versa sobre vivos que se están muriendo, como todo el mundo. Aunque eso sí: estos vivos, a diferencia de la mayoría, tienen una fecha de caducidad cruelmente próxima, a causa de algunas terribles enfermedades que padecen. Esa cercanía ineludible del final los convierte ante su propia mirada, también desde la perspectiva que toman del mundo y respecto a sus acciones, en perfectos muertos en vida. Ese es el meollo moral de la novela, asunto en absoluto baladí porque, que yo sepa, toda novela es una fábula de índole moral y no otra cosa (y quien dijere lo contrario, o miente o intenta engañarnos). Por tanto: ¿Qué haría usted, tú, yo, él, aquellos, si supiésemos que vamos a morir en, digamos, seis meses?

La respuesta no es automática. No existe un código de referencias conductuales que establezca relación necesaria, obligatoria, entre el planteamiento (voy a morir dentro de poco) y la reacción al axioma. Cada cual interpretará a su modo y medida de las cosas tan arrasadora evidencia. A un intelectual español vigesémico le preguntaron qué haría si tuviese la certeza de que al día siguiente el mundo iba a acabarse. «Intentaría aprender un idioma», fue su respuesta. Los personajes de *Zombi*, por el contrario, no tienen mayor interés en los idiomas ni en ningún otro aprendizaje desvinculado del dolor, que es expresión muy viva (a pesar del estado preagónico en que transitan por la novela), de su propia desesperación. La única salida entre comillas que encuentran es formar una Cofradía de Moribundos y declarar la guerra a todo, a todos e incluso a ellos mismos.

Hay en este último punto, no obstante, una matización que hacer. *Zombi* no es la crónica de un conflicto de la noche contra el día, la vida contra la muerte, lo socialmente correcto contra lo inaceptable, el mal contra el bien... sino que el autor, por motivos que exceden a las posibilidades de este comentario, decide convertir la historia en un minucioso relato de la guerra civil entre desahuciados de la luz, amos de la noche perpetua. El campo de batalla es casi siempre el mismo, ambientes sombríos, sórdidos, inhumanos, donde late lo más oscuro de nuestra realidad: círculos cerrados de Internet que retransmiten peleas a muerte, deplorables burdeles en los que se practican todo tipo de perversiones, barrios marginales donde la heroína es reina y los toxicómanos como señores feudales, depositarios de toda la miseria personal y moral que campa a sus anchas en aquellos entornos; pornografía con final letal, carreras ilegales cuyo objetivo es asesinar al oponente... Un catálogo bastante amplio de crueldades que Juan Díaz Olmedo tiene la virtud (y el cuidado), de no llevar a la demasía, pues en estas continuas descripciones de ambientes mortales, quizás el exceso habría mermado el poder turba-



PORTADA DE LA NOVELA ZOMBI, DE JUAN DÍAZ OLMEDO, PUBLICADA EN LA SERIE NEGRA DE NGC-FICCIÓN. MADRID, 2011 (266 PÁGS., 16 EUROS)

dor e incluso la verosimilitud de las mismas.

Hay otro proceso interesante que va poco a poco desarrollándose en *Zombi* y que a este lector le ha llamado la atención, quizás más que el catálogo de andanzas bizarras de los personajes. Me refiero al proceso de deshumanización, tanto anímico como físico, de esos mismos personajes. Pareciera que la única alternativa para no sufrir la inmediatez de un final irremediable es despojarse del atributo de lo humano, no ser, diluirse en un magma caótico de emociones y sentimientos siempre tiranizados (desvirtuados, perfectamente anestesiados) por la droga, la medicación ilegal y las respuestas emocionales instintivas y, por supuesto, implacablemente primarias. Brutales. Este proceso de degradación se subraya, muy acertadamente, con la fascinación obsesiva de los zombis por transformar su cuerpo mediante tatuajes que les otorguen aspecto cadavérico. Memorable el capítulo que transcurre en el estudio de tatuajes, con propuestas de escoriaciones, «transhumanización» y todas esas burradas que pueden verse en algunas revistas del género, también en ciertas páginas de Internet dedicadas a afición autodestructiva del *extreme body modification*. Los personajes de *Zombi* no se tatúan para parecerse a lo que van a ser dentro de poco, impecables muertos, sino para dejar de parecerse a lo que son: seres humanos que temen a la muerte. Los dientes de metal de la protagonista actúan como una inquietante, muy efectiva metáfora al respecto.

De lectura ágil y «dura», en ocasiones exigente por el estómago que hay que echar a algunas situaciones, *Zombi* también cuida,

para mi gusto, un detalle sin el cual me habría parecido algo incompleto el relato: la particular lucha que emprenden las protagonistas y algunas de sus amigas contra la gente, detestable, que se lucra del dolor ajeno: brujas, videntes, charlatanes de la medicina «alternativa», «sanadores»... Parece que las visitas a esta gentuza tienen más de desahogo, violencia casi gratuita, que de justicia; pero eso sí, se trata de una justicia muy poética, por mínima que resulte, y ello hace más interesante y, sobre todo, divertido el relato.

Todo proyecto individual de existencia supone una planificación de la propia muerte. Algunos piensan en la posteridad y cuidan de ella como si fuese su tesoro más preciado. Otros, se conforman con ansiar un final en el que todo quede conforme, marcharse de este mundo sin deudas ni deudores, sin reproches, un «quedar a la par» que es el mejor balance que puede hacerse de una vida. Pero, claro: esa planificación puede abordarse con un mínimo de sosiego cuando se tiene tiempo por delante (o se cree que se tiene, porque la guadaña pasa cuando menos lo espera uno). Si, para catástrofe del negocio, se anuncia el vencimiento a fecha fija, y encima la fecha está a la vuelta del calendario... ¿Quién tendría serenidad suficiente para encarar el trance con actitud imperturbable? Yo no sé lo que haría, ni usted, ni tú, ni él ni aquellos. Por eso, juzgar esta algarada de zombis no es sencillo. Mejor dejarlos a solas con su destino y, tal como se sugiere en la novela, que hagan lo que puedan con sus vidas y sus muertes. Cada cual a lo suyo. Y sin rencores.

Luis Alberto de Cuenca o la elegancia del héroe



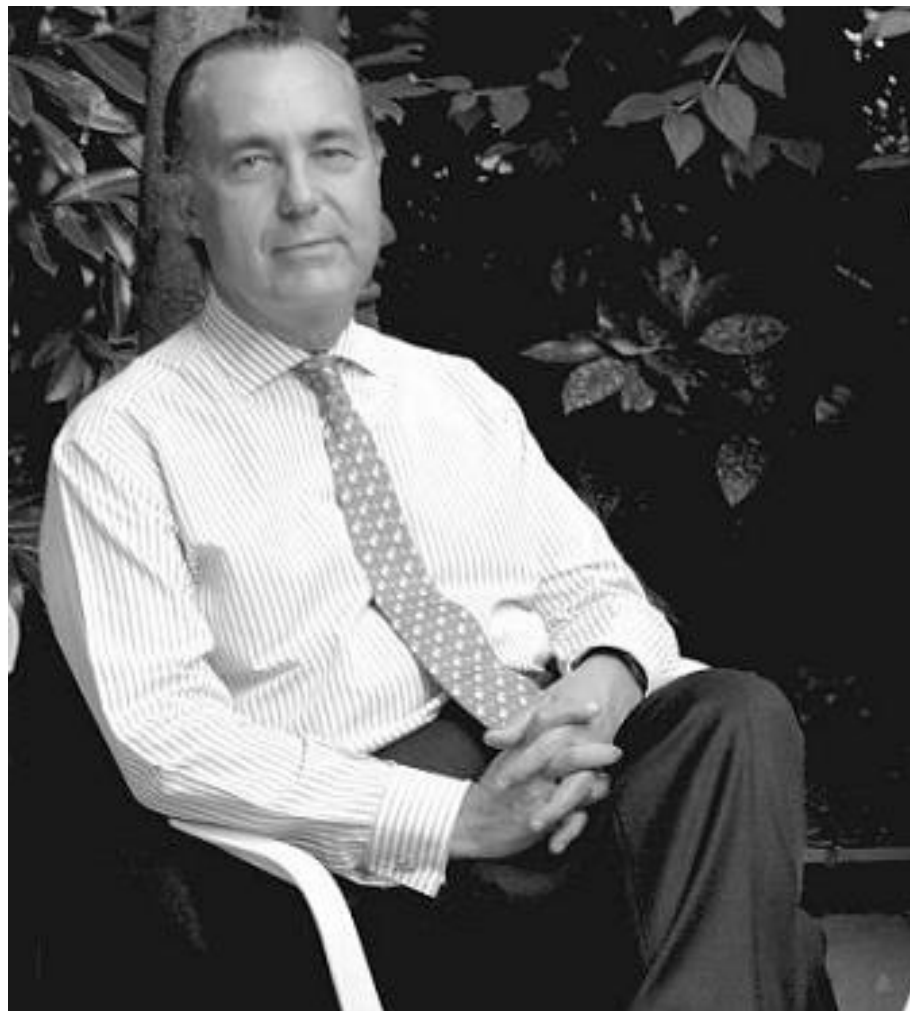
MAURICIO
GIL CANO

Luis Alberto de Cuenca (Madrid, 1950) no es sólo uno de los más elegantes, cultos e inteligentes poetas en lengua española, capaz –como Manuel Machado– de mostrar en lo frívolo lo profundo, en lo ligero la gravedad, el humor en lo inquietante; sino un gran lector que podría hacer suya aquella célebre cita de Borges: «Que otros se jacten de los libros que les ha sido dado escribir; yo me jacto de aquellos que me fue dado leer». Aunque, a la inversa, también Borges podría suscribir lo que se pregunta Cuenca en su poema «Libros», dedicado, por cierto, a José María Aznar: «Qué sería de mí sin vosotros, tiranos y embajadores/ de la imaginación, / verdugos del deseo / y, al mismo tiempo, mensajeros suyos, / libros llenos de cosas deplorables / y de cosas sublimes, / a los que odiar / o por los que morir».

Esta relación pasional, hedonista y, a veces, terrible con la lectura le ha llevado a perfilar un admirable currículum profesional –licenciado y doctor en Filología Clásica, con sendos premios extraordinarios, profesor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, de cuyo Instituto de Filología ha sido director, miembro de la Real Academia de la Historia, director de la Biblioteca Nacional, entre 1996 y 2000, y secretario de Estado de Cultura, entre 2000 y 2004–, a la vez que a ser autor de una asombrosa producción literaria en poesía, ensayo e incluso narrativa. Nombrar a Borges no ha sido ocasional. Como el maestro argentino, Luis Alberto de Cuenca posee un universo propio de vasos comunicantes entre la literatura de diversas lenguas y épocas. Con Borges y otros especialistas en el género, como Italo Calvino, Rafael Llopis y Torrente Ballester, intervino en un curso de «Literatura Fantástica» de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en Sevilla. Corría el año 1984 y allí tuve ocasión de escucharle por primera vez. Su reveladora ponencia versaba sobre Agustín Pérez Zaragoza, autor de una *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, un ejemplo singular de la literatura fantástica española del siglo XVIII, que volvería a ver la luz en 1977, esta vez con edición, prólogo y notas de Luis Alberto de Cuenca, en aquella sin par Biblioteca de Visionarios, Heterodoxos y Marginados de la Editora Nacional.

Pese a tan magnífica erudición, el binomio filología y vida no ha convertido a nuestro autor en un ensimismado ratón de biblioteca, antes bien, refleja en sus versos que se ha «envenenado de la droga de la vida» y caminado la noche para liberar el cerebro de «ansiedades estúpidas». Hombre que ha vivido, creador de textos que diseccionan las difíciles y tortuosas relaciones de pareja o que cantan leales a los viejos amigos, este cultísimo cultivador de referencias cosmopolitas es capaz también de expresarse por soleares que tienen duende: «Maldita sea mi suerte. / Mi novia me ha sorprendido / en la cama con la muerte».

Esta variedad de registros, que le hace ir de la fascinación culturalista a la expresión coloquial o a una combinación de ambas, le permite acercarse con naturalidad a las formas populares, componer letras para La Orquesta Mondragón y que algunos poemas suyos hayan sido cantados por Loquillo. Su sabiduría le lleva a proclamar su amor por los tebeos y el



EL ESCRITOR MADRILEÑO LUIS ALBERTO DE CUENCA (FOTO JOSÉ DEL RÍO MONS)

reconocimiento del gran papel que éstos han jugado en su aprendizaje vital. Reconocimiento que adquirió carácter oficial cuando promovió, como Secretario General de Cultura, la estimación del gremio de historietistas para la Medalla al Mérito en las Bellas Artes. Desde ese mismo cargo creó, además, la más cuidada y selecta colección de clásicos, la Biblioteca Literaria Universal (BLU).

Un gran heterodoxo, nuestro admirado y queridísimo Carlos Aladro, que le dio clase en los Marianistas de Madrid y a lo mejor hasta le hizo representar teatro en aquellos memorables montajes de *El ratón del alba*, nos decía, hace ya más de veinte años, que Luis Alberto de Cuenca era el mejor poeta de España. No obstante, si como creador e investigador Cuenca alcanza cimas de excelencia, su tarea como traductor completa el divino triángulo de esa esfera intelectual.

Como traductor, su labor es incommensurable. Impagable, el canon de libros que ha traducido. Dedicó la tesis doctoral a Euforión de Calcis, bibliotecario de Antioquía en el siglo III antes de Cristo. Vertió al verso castellano los epigramas de otro bibliotecario, éste nada menos que de Alejandría, Calímaco, también del siglo III. Homero, Eurípides, Virgilio... Los estudiantes de los llamados años de la movida supimos de la modernidad de los clásicos latinos gracias a su *Antología de la poesía latina*, preparada junto con Antonio Alvar y publicada por Alianza en 1981. Se trataba de un libro único en su género para aquellas fechas en nuestro

país. En su introducción lamenta Luis Alberto las condiciones precarias por las que atravesaban entonces el aprecio y reconocimiento de las lenguas clásicas en España. Creo que hoy, treinta años después, el panorama no es demasiado alentador.

Ha escrito Luis Alberto de Cuenca que es imposible traducir poesía. Más aún: que es imposible traducir literatura. Considera la traducción como una antigua costumbre, conceptualmente injustificable, pero que se encuentra socialmente muy extendida. Quizás por esto, son numerosas sus traducciones de clásicos de diversos idiomas, naciones y tiempos. Cásicos grecolatinos y medievales, pero también deliciosas obras de lenguas modernas como el francés o el inglés. Cada uno de esos libros los ha hecho suyos y los ha reescrito en español para que sus lectores podamos saborear los tesoros que a él le han nutrido. En 1987 obtuvo el Premio Nacional de Traducción por su versión de *El Cantar de Vulturio*, un poema épico germánico, escrito en latín medieval. Distinción que se venía a sumar al Premio de la Crítica por su poemario *La caja de plata*, el año antes. En 2006 se le concedió el Premio de Literatura de la Comunidad de Madrid.

En todos estos años, Luis Alberto de Cuenca se ha batido heroicamente en pos de un ideal: conseguir que los textos se publiquen bien, que los clásicos se entiendan, que los leamos tal y como quisieron sus autores que lo hiciéramos. Por todo ello, los amantes de la literatura no podemos sino estarle eternamente agradecidos.

In memoriam (Miguel García Posada)



PEDRO
RODRÍGUEZ
PACHECO

Queridísimo Miguel: cuánto me cuestan estas palabras sin destino, qué dolor retraer, con motivo de tu muerte, el «dulce pájaro de juventud» que juntos vimos sobrevolar en aquella Sevilla grácil y efímera que cobijó la amistad, los proyectos, los afanes y las fantasías de otra España, de otros tiempos, de otros «cantos de vida y esperanza»... Retraer todo aquello, volver a hollar aquella tierra sagrada, aquellos días sagrados, es enfrentarme con un destino que asoló el cestillo de primulas de nuestra amistad, que apulgaró el paño de brocado con el cual cubríamos adversidades, incomprendiones, desolaciones y tristezas. Pero nos apoyábamos mutuamente y el sol siempre terminaba alumbrando los balcones de tu casa, en la calle Águilas de Sevilla y los míos, en la Plaza de San Eustaquio de mi Sanlúcar la Mayor...

Cuánto me cuestan estas palabras, Miguel, porque a estas alturas de desvío, de desatención, olvido y muerte, ¡ay!, sigo sin comprender qué ocurrió para aquel súbito desapego que arrasó las altas torres que sembramos en los vientos, glosando el verso de Villamediana. Por mucho que me esfuerzo recordando, escudriñando todos los recovecos de nuestras andanzas, no encuentro puñal, pomo de veneno, ruines cadalsos de los mentideros y las mancebías. Otrosí, recuerdos preciosos que guardo en la memoria envueltos en paños de seda y que estorban mi afanosa búsqueda de espartos y zarzales en los cuales se pudieron herir de muerte los días sagrados, las brisas perfumadas, los dulces pájaros de juventud que fueron los augurios celestes de aquella amistad que supuse inmarchitable y que devino, para ti, en *La quencia* -tus memorias literarias- en aquel párrafo sucinto y cruel en el que decías: «también conocí por entonces al poeta Pedro Rodríguez Pacheco, que apuntaba grandes posibilidades; luego se ha hecho vate peleón y cabecilla de rencorosas causas provinciales»... Cuánto olvido y desconsideración en ese distanciado «conocimiento».

EL CRÍTICO
LITERARIO
MIGUEL
GARCÍA
POSADA,
QUE FALLECIÓ
EL PASADO
MIÉRCOLES
18 DE ENERO,
EN EL
HOSPITAL
DE LA
PRINCESA
DE MADRID,
A LOS 67
AÑOS
DE EDAD

Nuestro conocimiento, como tú lo llamas, se inició en 1962; acababa yo de salir de una grave enfermedad y había terminado el servicio militar que me dejó humillado y ofendido. Tú hacías Filología Hispánica y, por aquel año, estabas en Sevilla reponiéndote de una seria depresión. Y fue ésta, la que llevó al novelista sevillano Julio Manuel de la Rosa en ponernos en contacto. Dos años más tarde, recién aparecida mi *Anónima canción* seguiste sus críticas apasionadamente y fueron sus poemas la música de fondo que acompañó el



crecimiento de una fraternidad de lealtades, apoyos y plenas confianzas. Tú redactabas los poemas del *El paraíso y las bachas* y yo iniciaba los de la *Nueva historia de los dioses*. Aquí pudo estar escondido el puñal, el veneno y el cadalso de nuestra amistad.

Conocías sobradamente mi admiración indisimulada por tu sabiduría, tu cultura, la vastedad de tus conocimientos, tu inteligencia. Los poemas de mi nuevo libro los conocías de primera mano y me aconsejabas sobre ellos... ¿Qué ocurrió Miguel? ¿Qué mal aire traidor, al decir de Cela, traspasó la fraternidad intacta hasta entonces? Porque fue la presentación en Sevilla, 1968 de mi manuscrito, la tarde de los cristales rotos. Fue una auténtica encerrona y me sentí como César ante la puñalada de Bruto. Luego, consciente de las heridas infligidas me enviaste una carta acompañada de cuatro sonetos intitolados con mi nombre y una larga diatriba sobre compromiso y literatura y todo ello porque en el coloquio, tras la lectura de los poemas, me acosasteis para que definiera mi posición ética y estética sobre la poesía social... Tú sabías mejor que nadie cual era mi

pensamiento sobre las corrientes que mediatizaban con sus consignas la creatividad. Tuve que salir en defensa de la poesía andaluza, de Juan Ramón, del Grupo *Cántico*, zaheridos por quienes seguían las consignas de Gabriel Celaya en *Rapsodia Enskara* o Alberti en aquel poema lamentable «Qué cantan los poetas andaluces»... Ya nada se recompuso; las dos últimas cartas que tuve tuyas, la penúltima, agradeciéndome la mía de pésame por la muerte de tu madre; la última, 1991, un amable acuse de recibo por los últimos libros que te había enviado, sin referencia específica a ninguno de ellos; acaso, el último fue *Todo azar*. ¿Dónde está en él el poeta peleón por causas provincianas?

Está anocheciendo cuando te escribo estas palabras en las cuales se mezclan el dolor y la nostalgia; pero ninguna, por muy sentida, la más entrañada, tendrá la potestad de devolvernos el fugitivo pájaro celeste de aquella juventud en la que nos creímos dioses que fueron vencidos por la vida; testigo mudo aquella Sevilla grácil y efímera que nos vio gozar de los días sagrados. Fueron días sagrados, Miguel, ¿Para qué levantarles altares?

